



Con la colaboración de
UNIVERSIDAD PONTIFICIA
DE SALAMANCA

SUPLEMENTO
Vida Nueva

SE193598



EDITORIAL

La verdadera fuerza

Hablamos del síndrome de “burnout” en este número sobre la vida consagrada. Literalmente significa agotamiento, colapso, estrés, desgaste. Un síndrome que afecta también a las monjas, tanto que la UISG, Unión Internacional de Superiores Generales, ha organizado un seminario en Roma para debatir sobre ello y, en colaboración con la Unión de Superiores Generales, ha decidido instituir durante tres años una Comisión para el cuidado de la persona. Porque las monjas son cada vez menos, pero mayoría dentro de la vida religiosa, con dinámicas evolutivas diferentes en los distintos continentes.

La disminución de las vocaciones, los conventos que cierran, los abusos sexuales y de poder, la gestión de los bienes, la pesadez de estructuras a veces organizadas como hace siglos, son los temas de la entrevista con el cardenal João Braz de Aviz, prefecto de la Congregación para los institutos de vida consagrada y las sociedades de vida apostólica.

Este número es un recorrido en el universo de la Vida Consagrada, que el 2 de febrero celebró la Jornada Mundial instituida en 1997 por Juan Pablo II. Numerosos, y diferentes, son los testimonios de mujeres —no solo religiosas, sino de una Iglesia plural— que por decirlo como el Papa Francisco no “juegan con Dios”.

En París está Anne Lécu, religiosa dominica y médica, que trabaja en la cárcel de máxima seguridad de Fleury-Mérogis, la más grande de Europa. En Roma, en el monasterio agustiniano de clausura de los Cuatro Santos Coronados, están la madre priora Fulvia Sieni y la hermana Ilaria. En el monasterio di Zarnowiec, en Polonia, está sor Małgorzata Borkowska, benedictina, que después de cincuenta años de vida religiosa ha escrito “La burra de Balaam”, un toque de atención “a los señores del clero”. Después están las religiosas comunicadoras, *Memoires Domini*, consagradas al *Ordo Virginum*. De otra consagrada nos llega la invitación a hablar con un lenguaje nuevo a los jóvenes de sexualidad, teoría de género, significado del cuerpo.

DONNE CHIESA MONDO

Suplemento mensual

Consejo de redacción

RITANNA ARMENI
FRANCESCA BUGLIANI KNOX
ELENA BUIA RUTT
YVONNE DOHNA SCHLOBITTEN
CHIARA GIACCARDI
SHAHRZAD HOUSHMAND ZADEH
AMY-JILL LEVINE
MARTA RODRÍGUEZ DÍAZ
GIORGIA SALATIello
CAROLA SUSANI
RITA PINCI (coordinadora)

En redacción

GIULIA GALEOTTI
SILVIA GUIDI
VALERIA PENDENZA
SILVINA PÉREZ

Esta edición especial en castellano
(traducción de Rocío LANCHÓ)
se distribuye de forma conjunta
con VIDA NUEVA y no se
venderá por separado

www.osservatoreromano.va

Las monjas y el síndrome del desgaste profesional

La Unión Internacional de Superiores Generales hace frente a esta patología

DE FEDERICA RE DAVID

El burnout, síndrome de desgaste profesional, es una patología que afecta a muchas monjas, así como el trastorno de estrés postraumático. Ambos pueden tener entre sus causas el abuso: abuso de poder, contextos abusivos, abusos sexuales. Por esta razón, la Unión Internacional de Superiores Generales, en colaboración con la Unión de Superiores Generales, ha decidido instituir durante tres años una Comisión para el cuidado de la persona. Y poner en el orden del día temas que antes eran un tabú.

«Nuestro objetivo es construir comunidades resilientes», dice Maryanne Lounghry, durante un encuentro en Roma, en la sede de UISG, dedicada precisamente al síndrome de desgaste profesional. Australiana, hermana de la Misericordia, psicóloga, miembro del Consejo de la Comisión Católica Internacional sobre Migración, investigadora en el Boston College y la Universidad de Oxford, explica: «No debemos limitarnos a intervenir en un solo caso, sino considerarnos dentro de un ecosistema. Si nos ocupamos del problema individual y no miramos a la organización, afrontamos solo la mitad de la historia, porque la cultura de la organización también forma toda la existencia del individuo». Y así sucesivamente: «De la monja, a la congregación, a la comunidad, a la sociedad. La disparidad de género es uno de los puntos cruciales, debemos preguntarnos qué sucede en nuestra Iglesia y en el país en el que trabajamos».

Entonces, ¿por dónde empezar? «Hemos escrito un código de conducta, así como existen las líneas maestras para la protección de menores. Las prácticas y regulaciones sirven para negociar necesidades, obligaciones, derechos; siempre ha habido alguien que lo hizo en nuestro lugar, pero ahora han llegado hermanas más preparadas a las congregaciones».

Un marco para mantener algo muy similar a los contratos de trabajo individuales. «Es esencial que una religiosa sepa lo que puede pedir y lo que no se le puede pedir. Cada una debería tener un código de conducta, una carta de acuerdo con el obispo o el párroco; debería poder decirle al padre o a la hermana: “Sabes, he trabajado 38 horas esta semana, no puedo trabajar el domingo y regresar el lunes nuevamente, necesito un día libre”. Un contrato negociado te hace más fuerte».

Estabilidad y previsión son las palabras clave. «Un trabajo seguro durante un año me da paz y tranquilidad mental, así como saber que no puedo ser enviada al otro lado del mundo en cualquier momento o cuándo puedo irme de vacaciones. Sin embargo, si no conozco los límites de mi compromiso, no puedo detener el

estrés. No tener el control de tu vida, no poder planificar, socava la salud mental. Trabajar con ambigüedad, sin ciertas reglas, puede hacerme sentir intimidada, abusada, acosada».

Pide ejemplos y las superiores cuentan. «He visto situaciones muy fuertes en algunas parroquias, poder absoluto del sacerdote sobre las religiosas trabajadoras, hermanas alejadas u obligadas a trabajar sin consentimiento o valoraciones objetivas». «Como superiora de la comunidad, he rechazado pedir a las hermanas limpiar el suelo de la capilla». «Las congregaciones masculinas son mejores para marcharse, nosotras nos sentimos culpables, esperamos el permiso del padre».

«El trabajo de las hermanas –afirma Maryanne Lounghry– debe ser reconocido, tal como se reivindicó en el Sínodo para la Amazonía. De lo contrario, se crea una disonancia cognitiva: vives una cosa, pero para los demás eres una cosa diferente». Y para construir una congregación resiliente, «hay que invertir en el



bienestar de las monjas estableciendo estándares: dos semanas de vacaciones, paga, una situación de vivienda digna, acceso a internet. Tener que negociar siempre, no sentirse escuchadas, es difícil; con reglas claras se evita el abuso y se dispone de herramientas certeras para afrontarlos». También es necesaria «una definición clara de los aspectos recreativos: divertirse, organizar fiestas, trabajar en equipo». Y son indispensables los descansos, retiros espirituales, años sabáticos: «Debería estar escrito que, cada 5 años, una monja puede hacer uno». Todo gestionado por la congregación con transparencia y reglas compartidas: «Las decisiones deben tomarse desde abajo».

Para mantener unida una congregación, entonces, se necesita «una política educativa; de lo contrario, alguien podría pensar que hay favoritismo. Quién puede continuar sus estudios y quién no, debe decidirse con un sistema claro, basado en un criterio escrito en el reglamento de la congregación: tal vez no se propone a todas estudiar, licenciarse, pero es importante saber que existe esta posibilidad y poder fiarse de la decisión de la madre superiora. Las hermanas deben saber que la líder de la comunidad cuida de ellas». Por lo tanto, «debemos establecer buenas prácticas de gestión, estar atentas: a veces no les damos a las hermanas la oportunidad de relajarse, siempre proponemos nuevas tareas».

Pero también las superiores experimentan problemas relacionados con el estrés del trabajo. «Existe el síndrome de desgaste profesional de liderazgo prolongado».

Loughy considera que «planificar puede ayudar, te hace fuerte, pero puedes encontrarte frente a lo inesp-



rado, lo inexplicable». ¿Cómo gestionarlo? «Debemos poner los recursos en el presupuesto para hacer frente a emergencias, terapias, años sabáticos, retiros».

Prepararse para gestionar las crisis es como hacer un curso de primeros auxilios. «La madre superiora debe identificar los signos de incomodidad y dirigir a la monja a la ayuda que necesita: hay una respuesta espiritual y una respuesta psicológica, que debe ser brindada por un profesional. Además, una auditoría externa es fundamental, porque la madre puede tener sentimientos similares a los de su hermana, no ser neutral».

Además, no hay que olvidar que hay traumas personales que enfrentar. «Es difícil darse cuenta cuándo una hermana sufre abusos sexuales; es una realidad diaria, pero no hablamos de ello por vergüenza. Una religiosa debe estar segura de que la congregación podrá ayudarla y sostener su resiliencia, con comprensión y participación. El bienestar mental se basa en la confianza, en un lenguaje común: si estoy mal, me siento libre de expresar mis dudas. Una hermana puede estar traumatizada porque ha sido abusada o no ha denunciado abuso... Tenemos que mantener las antenas puestas y asegurarnos de que pueda hablar con alguien sobre ello con total seguridad».

El trastorno postraumático también puede ser una enfermedad profesional para quienes trabajan en el campo de los cuidados. «En cada sociedad, seis o siete de cada 100 personas la padecen. Nuestro factor de riesgo es el cuidado de las personas pobres y frágiles. El Papa Francisco nos recuerda lo importante que es estar cerca de los pobres, pero esto puede significar estar cerca de situaciones extremas y traumáticas. Pienso, por ejemplo, en las hermanas que en Ruanda hicieron cantidades de cadáveres; o en mí misma, que hace muchos años, mientras trabajaba en un centro de detención (en Hong Kong, para solicitantes de asilo vietnamitas) fui secuestrada. A veces, todavía me bloqueo debido a un flashback mientras subo y bajo escaleras».

Luego está la fuerte exposición al trauma secundario: «Una monja que se ocupa de las personas que han sufrido traumas, también puede terminar sufriendo un trastorno de estrés postraumático: si trabajas durante años en centros de refugiados y tráfico de personas, te queda dentro, horada como una gota de agua».



El voto de pobreza no implica una vida de miseria: cuando un sueldo es respeto

No todas las religiosas cuentan con un salario que reconozca y dignifique sus capacidades profesionales

DE NAIKE MONIQUE BORGIO

Según las constituciones de las Hermanas Ursulinas del Sagrado Corazón de María, familia religiosa a la que pertenezco, «con el voto de pobreza asumimos un estilo de vida que implica la limitación y la dependencia del uso y disposición de bienes» (n. 41). Este voto nos pide que aprendamos a compartir -cada vez más- los bienes que tenemos para que «se conviertan en una expresión del don de nosotras mismas, signo de disponibilidad para la misión del instituto y de la Iglesia». No significa que no haya cosas personales, sino que la acumulación de bienes no es nuestro estilo de vida, mientras elegimos «el compartir, la ley común del trabajo, un estilo de vida sencillo y sobrio, la salvaguardia de la creación» (n. 42).

Por elección, vivimos de nuestro trabajo y de la Providencia. No tenemos subsidios garantizados y esto nos enseña a administrar el dinero y los bienes con cuidado y respeto. Las religiosas aprendemos a pedir lo que necesitamos, pero también a respetar las diferentes necesidades de cada hermana al tratar de vivir juntas con sencillez. Compartimos nuestros salarios, los bienes recibidos, pero también capacidades específicas, tiempo, energía.

Algunas mujeres que conozco se convierten en acicate personal con preguntas abiertas sobre la coherencia con mi elección de vida, incluso en los momentos más inusuales. Así escucho las notas del violín de Lia que siempre llenan las calles de Vicenza con una elegante dignidad: también ella, como Rut la moabita, espera pacientemente el fruto de su “espigar”. Podría reconocerlas en todas partes –esas notas– porque los delicados movimientos de sus manos dan elegancia a nuestros pasos apresurados y distraídos y nos recuerdan que la vida tiene una centralidad diferente.

Mujeres como Lia la violinista y Rut la moabita me ayudan a unir la vida con la Escritura en la constante búsqueda de la identidad de los “pobres de Jahvéh”, los anawim. Lia lo es hoy, Rut lo fue, incluso no siendo judías: ambas viven una profunda confianza, fruto de quien vive de lo esencial porque encuentra más allá la alegría de vivir. No solo eso. También me recuerdan los temores de mis padres cuando comenté mi intención de unirme a la congregación, hace ahora casi doce años.

En mi vida como una joven monja dedicada a la comunicación, parece sin embargo que falta la pobreza. En

parte es cierto: el miedo de mis padres era infundado porque nunca me ha faltado nada. Por otro lado, la especificidad de una vocación a la comunicación, vivida como una misión que me confió mi congregación y la diócesis en la que trabajo, me propone continuamente el encuentro con mi pobreza humana. Me ha costado muchos años acoger y amar las heridas internas generadas por mi vida, pero todo lo que fue «la piedra que desecharon los constructores es ahora la piedra angular» (Sal 118, 22) solo por la Gracia.

Ser una monja ursulina SCM da a mi vida un color particular, el de nuestro carisma: «Una atención particular a las situaciones de pobreza y marginación femenina» (n. 22). Las vocaciones de religiosa y comunicadora, combinadas, me piden que le dé voz a las voces femeninas que no tienen voz. Significa hacer una alianza de corazón que entreteje las historias personales de quienes atiendes con los condicionantes económicos: el apoyo escolar, el pago de gastos atrasados... pero también escucha y amistad auténtica.

La experiencia del trabajo subordinado, como comunicadora en la diócesis de Vicenza, me permite experimentar la satisfacción y la dignidad que puede ofrecer un trabajo, así como la complejidad del mundo del trabajo en Italia en 2020. Sin embargo, mientras sigo viviendo el “aprendizaje” de quienes están al comienzo de una profesión, vivo en una posición privilegiada en comparación con otras monjas que conozco y que luchan por ver reconocidas sus capacidades profesionales y condiciones de trabajo dignas.

El voto de pobreza nos ofrece, en el fondo, la posibilidad de tener una escala de valores diferentes para acercarnos a los verdaderos pobres que, por muchos motivos, viven una vida de graves privaciones y falta de dignidad.





Mariana Assaf durante la celebración de consagración (julio 2018, foto de Romasette.it/diòcesis de Roma)

Virgen consagrada para vivir con la Iglesia

El Ordo Virginum busca alejarse de toda cobertura institucional como un camino de pobreza

DE DE MARIANA ASSAF

Contar mi llamada al Ordo Virginum significa recordar una experiencia de amor y salvación donada gratuitamente por Aquel que llama a los débiles y a los pequeños porque su gloria se manifiesta en ellos. Es recordar el encuentro que tuvo lugar en Damasco en enero de 1993, cuando yo, una joven de 23 años, me caí de mi “caballo” y cuando mis ojos cegados vieron la luz verdadera. Esa luz que iluminó mi vida, la transformó y la llenó de una paz que nunca me ha abandonado, incluso cuando el viaje se volvió arduo, agotador e incluso doloroso. Por lo tanto, contar mi llamada significa mirar hacia arriba para bendecir al

en el Instituto Bíblico, siempre he sido seguida por jesuitas, maestros en humanidad y espiritualidad. La espiritualidad ignaciana, que siempre me ha atraído, me ha ayudado a enfrentar la vida con un profundo sentido de responsabilidad y libertad.

Entrar en el Ordo Virginum es el fruto de un largo y fatigoso camino que tuvo su coronación en la basílica de San Juan de Letrán el 1 de julio de 2018, fecha de mi consagración en el Ordo, pero también celebración de los 25 años de ese primer sí, prometido al Señor en 1993 en Damasco. ¿Por qué el Ordo?

La vida de una virgen consagrada me permite vivir en sintonía con todo el camino realizado en estos 25 años, y que me ha convertido en una persona autónoma; de hecho, me gusta caminar siguiendo la inspiración del Señor. Este estilo de vida me da la oportunidad de ser yo misma, en docilidad con Dios. El Ordo, incluso favoreciendo momentos de formación espiritual y encuentros fraternos, me garantiza un espacio personal que estoy llamada a gestionar de manera responsable. Ser virgen consagrada significa vivir en relación con la Madre Iglesia, diocesana y universal, sin estar vinculada a un carisma particular o institución.

Ser virgen significa habitar el mundo, siguiendo los pasos del Señor que vino a “habitar” en medio de nosotros. Esto implica compartir la carrera diaria de la gente sin el privilegio de signos visibles. Vivir cerca de la gente me da la oportunidad de comprender los problemas, las fatigas, los dolores y las alegrías de los hermanos. Y finalmente, como elemento religioso importante, una vida sin cobertura institucional que me garantice todo, es un camino de auténtica pobreza, un camino de libertad interior, que me ayuda a fiarme solo de Dios.

El Ordo nos ayuda a desarrollar nuestros carismas personales. Mi vida está consagrada al estudio de la Palabra de Dios, y llevo dentro de mí el gran deseo de difundirla, de darla a conocer y amar.



La vocación anfibia de las Memores Domini

Laicas, pero también monjas: la vocación de una familia que comparte hogar y oración

DE SILVIA GUIDI

La cuestión no es que no quiera casarme, es todo lo contrario; es que me gustaría casarme con todos. ¿Me pasa algo?» Alessandra sonrío, haciendo una mueca divertida, de falsa impertinente. Yo también sonrío, pero por otra razón. «Aquí está –me digo– sucedió de nuevo. ¡Ha cogido a otra!». El sujeto de la frase es la segunda persona de la Trinidad, Jesús de Nazaret. Flannery O’ Connor, en su Diario de oración, escribió directamente «Querido Dios», sin perífrasis; yo prefiero llamar a Jesús «el hijo del director», me parece menos pretencioso, más informal.

«El hijo del director también la ha conquistado», pienso ocultando una media sonrisa detrás de la taza de café. Se puede ver por los ojos brillantes que lo ha conseguido. Reconozco los síntomas porque yo también pasé por ahí. Y, de hecho, unos minutos después, Alessandra me pregunta cómo iniciar el noviciado en las Memores Domini. Una vocación anfibia, vertiginosa en su extrañeza: totalmente en el mundo, totalmente fuera de las lógicas del mundo, basada en los tres consejos evangélicos pero sin el refugio de un hábito religioso. Totalmente laicos, pero también totalmente monjes, viviendo en casas normales, con facturas a pagar a fin de mes, como todos, pero con una habitación llamada «capítulo» y una campana que llama a la oración para la liturgia de las horas como en los monasterios.

La regla de la casa establece los salmos recitados en recto tono –para que las palabras puedan fusionarse en una sola línea de canto, incluso si son muchas–, misa diaria, una hora de silencio al día y una tarde de silencio por semana. Televisión prohibida y muchos espacios vacíos para dejarse llenar por una Presencia tan misteriosa como real, y escapar de ese «chicle para los ojos» que nos persigue incluso en casa, emergiendo fuera de las pantallas luminosas de nuestros teléfonos móviles. Todos los días, un cuarto de hora de rodillas, para recordar que no nos «hacemos» por nosotros mismos, que todo lo que tenemos –cuerpo, tiempo, inteligencia, relaciones, amistades– lo tenemos como un regalo, o más bien, como préstamo, porque tarde o temprano tendrá que ser devuelto.

Alessandra me llamó con una excusa, pero la cita frente a un café, a media mañana, es por esta razón, para preguntarme esta cosa «del otro mundo» en este mundo, lejos de miradas indiscretas. Sé cómo funciona, Alessandra. Al principio, solo parece un pensamiento que puede pasar desapercibido entre miles, una idea loca que se puede archivar tranquilamente sin ningún efecto colateral. Después comienza el seguimiento, un cortejo a veces discreto, a veces más explícito. Se llama «vocación». No es fácil resistir el asedio del Gran Seductor; el hijo del director tiene toda la realidad a disposición para llamarte. Es una invitación que te llega de mil maneras: en mi caso para el ataque final, después de años de distracciones, perplejidades, fugas más o menos conscientes, utilizó la voz de humo y miel de Norah Jones. La canción de la rendición fue Come away with me de Jesse Harris, hecha conmovedora y dulce por la voz de Norah; «My heart is drenched in wine, you’ll be on my mind, forever». «Ok –me dije en una tarde como tantas otras hace 20 años–, ahora basta de huir». Llegó el momento de ceder ante esta Gran Belleza que es aterradora por su enorme tamaño.

De ahora en adelante no faltarán las sorpresas, Alessandra. Como en la recitación de las horas, tu pequeño «sí» se convertirá inmediatamente en un «nosotros». Y pronto te encontrarás en una familia extensa. Descubrirás que tienes una hermana gemela en Manaos, un hermano gemelo en Bolzano, una gemela tutsi (pero de baja estatura, que se llama Rose y es enfermera) y un gemelo que trabaja como anestesiista en Minnesota. Desde Ottawa hasta Novosibirsk, descubrirás «mellizos» que se conmueven con las mismas canciones que tú amas, que se han conmovido con las mismas palabras y tienen en el corazón el mismo deseo insaciable que nada logra colmar, la misma ansia de infinito. Durante toda la vida seguirás conociendo personas que son (inequívocamente) tu familia. Alessandro Bergonzoni, escritor-autor-actor, con una de sus ingeniosas erratas, lo llama «voto de inmensidad». No hay vuelta atrás, porque las cosas anteriores ya no son suficientes. «My heart is drenched in wine, you’ll be on my mind, forever».

Hablar a los jóvenes de sexualidad con un lenguaje nuevo

OPINIÓN

DE MARTA RODRÍGUEZ

Una de las temáticas sobre las cuales los jóvenes piden una palabra clara y auténtica de la Iglesia es la que se refiere a la sexualidad, el género y el significado del cuerpo. Son cuestiones por las cuales se alejan de la Iglesia con frecuencia: porque se sienten juzgados, no entendidos ni acogidos.

Tenemos que darles la razón. La vida consagrada hasta ahora no ha sido capaz de responder concretamente a sus preocupaciones. Salvo loables excepciones, siguen como tales. Acercarse a la sexualidad con un lenguaje nuevo es una tarea urgente para las personas consagradas, que ya no podemos posponer. Esto nos pone un poco en una situación complicada. Sin embargo, es una oportunidad que debemos aprovechar. Nos llama a una profunda conversión pastoral, que resumo en tres puntos.

1 SER TESTIGOS CREÍBLES. Los jóvenes buscan una palabra que nazca de la vida, no solo del estudio. No escuchan a los pastores a menos que los pastores también sean testigos. Pero esto nos plantea una pregunta seria: ¿somos testigos luminosos de una sexualidad vivida en su totalidad? Desafortunadamente, tenemos que responder negativamente: a menudo somos analfabetos afectivos, incapaces de expresar nuestro mundo emocional. Es frecuente, entre las personas consagradas, la gestión de la afectividad bajo paradigmas de control o incluso represión, o que falte la libertad en la vivencia de las relaciones de amistad, especialmente con el sexo opuesto. No siempre logramos, y cada uno de acuerdo con su propia identidad, comunicar, entrar en intimidad, des-

cubriendo también nuestras áreas vulnerables y permitir que Dios y los otros nos encuentren allí. Si nosotros no aprendemos en primer lugar a canalizar toda la fuerza de la dimensión sexual y afectiva hacia nuestra propia identidad, no podemos tener autoridad para decir una palabra sobre el amor y la sexualidad a nadie.

2 CONVERTIRNOS EN SANADORES-SANADOS. El Sínodo de los jóvenes ha lidiado con la realidad de una generación fuertemente marcada por la fragilidad afectiva. En la base de la dificultad de los jóvenes para hacer elecciones definitivas está el miedo al compromiso, y más profundamente todavía la falta de conciencia de la propia amabilidad. Para mostrarles que la fuerza transformadora del kerigma hace nuevas todas las cosas, el consagrado debe haberlo experimentado. Un amigo carmelita repite a menudo que todos deberíamos tener un letrero en la espalda que diga: «En obras: perdonen las molestias».

3 APRENDER A PLANTEAR PREGUNTAS. Las cuestiones que se refieren a la sexualidad y la afectividad son delicadas, y tocan la identidad de la persona de forma profunda. Los consagrados que quieren hacer verdadera pastoral tienen que convertirse en expertos en el camino del discernimiento. Esto presupone superar la tentación de dar respuestas preparadas, y aprender a plantear preguntas que guíen a los jóvenes en su búsqueda personal. Implica de alguna manera dar un paso atrás, y aceptar el riesgo de la libertad del otro, que es el único camino para el verdadero crecimiento. Es un desafío, y nos jugamos mucho.

VIDA CONSAGRADA



Buenas notas a pesar de...

de BERNADETTE REIS

Los datos publicados por la Oficina Central de Estadística de la Iglesia han mostrado una tendencia desde hace algunos años: la caída de las vocaciones femeninas. Ante un aumento de católicos en el mundo, que alcanza los 1.313 millones, el número de quienes han elegido la vida consagrada decrece y la mayor disminución se produce entre las mujeres. Desde 2010, las religiosas han bajado en unas 10.000 al año, hoy son menos de 650.000. Aumentan en África y Asia, disminuyen en América, Europa, Oceanía. Los miembros de los institutos seculares de mujeres se están reduciendo, hoy hay alrededor de 22.000. En este caso suben en África y Asia, bajan en América, Europa y Oceanía. Los datos llevan a algunas reflexiones.

El papel desempeñado por las religiosas va en paralelo con el papel y la posición de las mujeres en la sociedad. En el pasado, las consagradas acogían a los peregrinos que necesitaban refugio en la Edad Media, cuidaban a las personas que padecían enfermedades contagiosas y estaban al lado de los hombres que murieron en los campos de batalla de la guerra civil estadounidense, por ejemplo. Hoy van al rescate de personas atrapadas en los horrores de la trata de personas, acogen inmigrantes y refugiados en campamentos en todo el mundo, se ocupan de las comunidades católicas cuando faltan sacerdotes... Las mujeres consagradas han estado y siguen estando presentes donde las deficiencias de la sociedad han creado vacíos. No solo son esenciales para la salud general de la Iglesia, sino también para la salud general de la sociedad. Fue gracias a las religiosas que nacieron los primeros sistemas educativos, de salud y sociales en el mundo. En zonas como Europa y América del Norte, donde ahora el Estado proporciona estos servicios, las mujeres consagradas se han hecho a un lado lentamente y han trasladado recursos humanos y materiales, a África y Asia. Pero los factores sociales que una vez las atrajeron a la vida consagrada también han cambiado. Antes, las familias enviaban a sus hijas al convento para que recibieran una educación o porque ya no podían mantener a todos sus hijos, y las jóvenes entraban en la vida religiosa porque les ofrecía oportunidades de estudio y profesionales. Ahora esto ya no sucede. Además, permanece un problema sobre el que reflexionar: las religiosas no solo disminuyen, sino que están envejeciendo y no son sustituidas por una generación más joven.



El prefecto para la Vida Consagrada, João Braz de Aviz, reflexiona sobre vocaciones y abandonos, autoridad, bienes, relación hombre-mujer, abuso...

“Es necesario cambiar”

DE ROMILDA FERRAUTO

En la vida consagrada, hay más mujeres que hombres. En Roma, alentada por el Papa Francisco, la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica se esfuerza por lograr la igualdad. Actualmente son quince mujeres de treinta y ocho funcionarios que trabajan en el dicasterio. De las cinco oficinas de la Congregación, dos están encabezadas por mujeres. El cardenal prefecto João Braz de Aviz está orgulloso de ello. Acogedor y jovial, el brasileño no evade ninguna pregunta, ni siquiera la más incómoda: conventos que cierran, abusos sexuales, abuso de poder, mala gestión de los bienes, la pesadez de las estructuras que deben adaptarse. No pierde la esperanza.

Hay luces y sombras en el panorama de la vida consagrada femenina. Entre las sombras, se registra una crisis importante de las vocaciones. ¿La situación es preocupante?

La situación varía de un continente a otro. Europa está pasando por un momento difícil, muchas casas están cerrando, también hay muchos abandonos. En Asia, sin embargo, tenemos un número impresionante de vocaciones religiosas femeninas. Por ejemplo, en Vietnam, un país comunista, ¡tienen mil novicias cada año! Encontramos un fenómeno similar en África, mientras que América Latina está experimentando un período de estancamiento. En Europa la vida consagrada tiene raíces muy fuertes, pero no nos hemos dado cuenta de que algunas cosas necesitan ser cambiadas porque han envejecido. En primer lugar, la formación, luego la cuestión de la fraternidad —no podemos ser individualistas que vivamos juntos— y la relación entre autoridad y obediencia. Sin olvidar la relación hombre-mujer: ¿por qué el consagrado y la consagrada deben estar tan separados? Debemos revisar el uso de los bienes. Algunas órdenes o congregaciones tienen muchas propiedades, mucho dinero, otras casi nada y todavía hay poco intercambio.

El Papa Francisco, hablando del colapso de las vocaciones, dijo que el riesgo es que la congregación cada vez más pequeña se apegue al dinero. ¿Es esto así?

A veces, cinco mujeres mandan sobre un patrimonio enorme. Es un gran problema, porque los bienes no son de la congregación o de esas cinco personas. Los bienes son de la Iglesia. El Papa recomienda dos cosas. En primer lugar, la profesionalidad. Debemos ser competentes, la economía y la administración son ciencias. Y, en segundo lugar, volver a los valores del Evangelio.

Ha mencionado que, además de la crisis de vocaciones, existe el problema de los abandonos. ¿Cuáles son las razones que generalmente llevan a las religiosas a salir del convento?

Influye mucho el contexto cultural actual, en el que es difícil asumir responsabilidad para toda la vida. Los motivos son varios: problemas afectivos, historias personales

llenas de heridas. La formación inicial es muy hermosa, y después la vida de la comunidad es decepcionante. Las motivaciones son varias. Es necesario cambiar con fuerza la formación. Debería ser personalizada y cuidada durante toda la vida, crear la conciencia de estar siempre en formación en un contexto de fraternidad.

Quizá las religiosas están decepcionadas porque se ven haciendo trabajos humillantes, o tediosas tareas administrativas o que no corresponden con la formación recibida.

Aquí está también todo el problema del abuso de la autoridad. Como dice el Papa, cuando la autoridad es interpretada como poder y no como servicio, se puede llegar a situaciones dolorosas. Yo creo que también las personas que tienen roles de dirección deberían aprender a compartir con la comunidad la vida y todas las necesidades: la cocina, la limpieza... Pero siendo respetadas en su rol de servicio de autoridad.

¿Hay un abuso de poder que se refiere también a las mujeres?

Las mujeres consagradas a veces tienen una fuerza de poder extraordinaria en algunas congregaciones. Nosotros hemos tenido casos, no muchos por suerte, de superiores generales que, una vez elegidas, ya no han cedido su cargo. Cambiaron todas las reglas. Una incluso quiso cambiar las constituciones para seguir siendo superiora general hasta la muerte. Y en las comunidades hay religiosas que tienden a obedecer a ciegas, sin decir lo que piensan. Muchas veces se tiene miedo —las mujeres aún más— a la superiora. En la verdadera obediencia, al contrario, es necesario decir lo que el Señor sugiere en el interior, con coraje y verdad, para ofrecer al superior más luz para decidir. Y después obedecer, como lo hizo Jesús.

Sobre los abandonos, imagino que una religiosa que decide dejar el convento vive un momento de crisis muy fuerte, traumático. ¿Se hace suficiente para ayudarla?

Normalmente sí, pero falta más. A veces son completamente abandonadas. Pero las cosas están cambiando. El caso más significativo es la decisión del Papa de crear una casa en Roma para acoger de la calle algunas religiosas expulsadas por nosotros o por las superiores, en particular en el caso de que sean extranjeras.

¿Pero esta casa en Roma es una realidad conocida?

Sí, pero está comenzando. Nuestro Dicasterio está involucrado para apoyar este hogar. El gesto del Papa Francisco es maravilloso. Fui a visitar a estas ex monjas. Allí encontré un mundo de heridas, pero también de esperanza. Hay casos muy duros, en los que las superiores les han retenido los documentos a las monjas que deseaban abandonar el convento o que habían sido expulsadas. Estas personas entraron al convento como monjas y se encuentran en estas condiciones. Ha



El cardenal João Braz de Aviz, brasileño, desde el 4 de enero de 2011 prefecto de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica

habido casos de prostitución para mantenerse. ¡Son ex monjas! Las monjas scalabrinianas se han encargado del cuidado de este pequeño grupo. Algunos casos son muy difíciles, porque estamos frente a personas heridas con quienes es necesario reconstruir la confianza. Debemos cambiar la actitud de rechazo, la tentación de ignorar a estas personas, de decir “ya no es nuestro problema”. Y luego, a menudo estas ex monjas no son acompañadas de ninguna manera, no se dice una palabra para ayudarlas... Todo esto debe cambiar absolutamente.

¿Qué puede decirme de la vida contemplativa femenina?

En Europa hay una caída muy grande. Hay vocaciones, pero pocas. Muchos monasterios se están quedando vacíos, no se sabe qué hacer, se pierden muchos bienes. ¡La edad media de las monjas en Europa es muy alta! En los próximos años, creemos que la vida contemplativa podría caer un 50%. El Santo Padre ha querido que se tomaran medidas para luchar contra el aislamiento, para crear relaciones más fraternas, animar el testimonio y la fidelidad al carisma y a las constituciones... Las estructuras son pesadas y el cambio es lento. Hemos de pensar que la vida contemplativa es uno de los signos más bellos de la vida cristiana consagrada.

En la Iglesia, como todavía en varios sectores de la sociedad, las mujeres tienen roles subordinados. ¿Por qué, por ejemplo, las religiosas que trabajan en los hospitales son casi siempre enfermeras y casi nunca médicos? ¿No cree que a veces se descuida un poco la formación de las religiosas?

No solo eso. Es toda una visión que debe ser superada. Lamentablemente, en algunas órdenes, las constituciones colocan la mujer a un nivel inferior respecto a los hombres. La relación no puede ser de sumisión ni de mando. Deberá ser de igual dignidad en la diversidad.

¿Qué se puede hacer? ¿Ve progresos?

Muchísimos. Es suficiente con ver el camino extraordinario que ha hecho la UISG. La mujer es más emprendedora que el hombre, porque es más concreta.

El poder en la Iglesia está unido al sacramento del orden.

Esto hay que cambiarlo. El Papa dijo que hay un malentendido. Se confunden potestad y poder. La potestad del sacramento del orden es un servicio y no un poder que fluye hacia una actitud de dominación. La toma de decisiones debe hacerse en común, caminando juntos. En muchos campos, las mujeres ya ocupan puestos de responsabilidad y decisión. Aún es muy poco.

Un tema doloroso: los abusos sexuales a monjas por parte de sacerdotes. ¿El dicasterio que dirige se ocupa de este drama?

Sí. Recibimos informes de casos, tenemos que examinarlos. Y hay otra cosa que nos sorprende: comienzan a aparecer casos de abusos sexuales entre monjas. Por ejemplo, entre la formadora y la persona en formación. En una congregación han sido señalados nueve casos. Este fenómeno que afecta la esfera femenina se ha mantenido más oculto. Pero sale a la luz. Tendrá que salir. Muchas veces la madurez en el campo afectivo y sexual es débil, es relativa. Si llegan acusaciones, nosotros las acogemos y empezamos a discernir. Muchas cosas son ciertas, muchas no lo son, pero no ocultamos ningún problema. El Papa nos pide transparencia total.

¿Reciben avisos de abusos sexuales y abusos de poder?

Sí. Son campos donde debemos llegar con la fuerza del Evangelio. Una cultura que nos ha hecho entrar en estas desviaciones debe desaparecer, volver al testimonio.

Por tanto, ¿hay esperanza?

Muchísima. Hay más apertura que cerrazón hoy en la Iglesia. Después están los irreductibles.

Terminamos con una nota positiva. Muchas religiosas están comprometidas en las misiones y los servicios de sociales.

Sí, las mujeres están presentes en tantos frentes, por ejemplo en puestos donde se arriesga la vida, donde se es despreciado. Las consagradas son muy valientes, muy audaces, quizá por la fuerza de la maternidad. Y estas cosas, el Papa nos dice que no las debemos perder.

“Jóvenes: no os dejéis clonar”

La dominica francesa Anne Lécu es doctora en la prisión más grande de Europa

DE MARIE CIONZYNSKA

Religiosa dominica y médica penitenciaria, Anne Lécu trabaja en la prisión más grande de Europa, la cárcel parisina de Fleury-Mérogis.

¿Cómo entendió que tenía vocación religiosa?

No sé exactamente qué es una “vocación religiosa”... Es comparable a lo que Michel de Certeau escribió respecto al poeta. «El poeta no puede hacer otra cosa que escribir poesía». Si puede hacer otra cosa, es porque no es poeta. También el religioso no puede hacer otra cosa que no sea ser religioso. Es paradójico porque elegir la vida religiosa es una opción de un posible camino de felicidad y, a la vez, no es posible hacerlo de otra manera. Cuando conocí a la familia dominica, entendí que era en mi casa. Y quise intentar vivir esa vida.

¿Cómo es su misión de médica de la prisión?

Mi comunidad me envía para anunciar el Evangelio y el hospital público me paga por llevar a cabo mi trabajo como médico de la cárcel. El hecho de trabajar en prisión, donde el anuncio explícito está fuera de discusión, me permite leer la Biblia y vivir mi fe de manera diferente. Lo que

vivo allí me lleva a proclamar el Evangelio, en un tono que es mi agradecimiento a la prisión. Al trabajar en un lugar así, uno se ve obligado a tomar una posición y yo me he puesto del lado de los culpables. La figura que me inspira es la de Cristo crucificado entre los dos ladrones. Si pasas frente a él, no se sabe a priori quién es más inocente que los otros dos... Pierre Claverie, que fue asesinado un mes antes de que yo profesara mis primeros votos, escribió antes de morir, que la Iglesia no podía ser la Iglesia de Cristo, sino al pie de la Cruz, sin la cual sería una ilusión mundana. Debe haber entre nosotros, personas en lugares emblemáticos de la desesperación humana, para que las personas sientan que una vida es posible. Anunciar a Cristo es, ante todo, anunciar a las personas que tienen derecho a vivir.

¿Y por qué ya no creen?

Es lo habitual en la cárcel. La condena más grande es la de pensar que ya no se tiene el derecho a existir, que se está de más en este mundo y que sería mejor no estar. Pero no sucede solo en la cárcel. Pueden sentirlo también personas que no tienen necesariamente una vida catastrófica, como nos sucede a nosotros, en la vida

religiosa. ¿Cómo hacernos ver a nosotras mismas que nuestra vida no es impropia?

¿Hay enfermedades específicas en la cárcel?

Diría más bien que hay motivos para consultas particulares, relacionadas con el encarceramiento. Trabajo principalmente con mujeres y muchas dejan de tener la menstruación. También surgen problemas en la piel. Una mujer que tenía un fuerte sarpullido explicó que su cuerpo que sudaba era su alma que lloraba las lágrimas que ella no podía derramar. Algunas que habían sido reducidas a mulas de contrabando, tragando dosis de cocaína, han aumentado mucho de peso. El cuerpo adquirió la forma de lo que padecieron.

¿Qué es lo peor de la cárcel?

Lo peor es sentirse abandonado, no tener respuestas. Una mujer latinoamericana me explicó que no pudo llamar a la familia durante dos meses porque había un problema con el formulario y nadie se molestó en llamar a un traductor. No pudo llamar a su familia por Navidad.

La cárcel le ha dado un estilo particular para anunciar el Evangelio...

Eso dicen. La vida en prisión te despoja del lenguaje engañoso. A veces puedo resultar bruta al hablar porque voy directa al

VIDA CONSAGRADA

RELACIÓN HUMANA-MUJER



La burra de Balaam era yo

DE MAŁGORZATA BORKOWSKA

Durante siglos, las monjas han seguido escuchando sermones, conferencias y todo tipo de predicación, pero siempre lo hicieron como estúpidos animales de carga: cualquier cosa que les dijeran, solo podían aprobarla. Hubo excepciones, ¡pero muy pocas! La suposición del predicador promedio era que, en cualquier asunto y bajo cualquier circunstancia, él era el más sabio; y las monjas aprendieron a aceptarlo. Al principio porque necesitaban un sacerdote para que les celebrara y se veían obligadas a aceptar sus condiciones, y luego

por tradición o hábito. Esta era la forma de humildad que se esperaba de ellas. El resultado ha sido (y es) que las personas con medio siglo de experiencia en la vida de oración escuchan devotamente cosas absurdas predicadas por chiquillos que, después de leer un volumen de Tanqueray en el seminario y olvidarlo tras aprobar el examen, creen que están completamente cualificados para enseñar a estas mujeres ancianas; y también creen que esas mujeres mayores nunca han escuchado las mismas cosas de otros...».

Esto es lo que escribí en un libro tras cincuenta años de vida

religiosa, habiendo decidido que ya era suficiente y necesario decir la verdad a los oficiantes/predicadores. Las monjas son capaces de tener pensamientos propios. Y no siempre están de acuerdo en todo.

Puedo citar algunos ejemplos (muchos de ellos cómicos) sobre cuestiones como: la actitud de los sacerdotes hacia las monjas; su ignorar la esencia misma de la vida religiosa; sus extravagantes innovaciones en la liturgia; su tendencia a evitar lo que es realmente importante, por ejemplo los argumentos teológicos, hablando sin embargo de cuestiones irrelevantes;



grano. He aprendido que de las diferencias y las tensiones que genera pueden surgir reflexiones interesantes. Por eso creo que la vida religiosa debe respetar las diferencias: estar con los ricos y los pobres, estar con los inocentes y los culpables.

¿Ser religiosa tiene impacto en su misión?

Solo aquellos que han sido encarcelados pueden conocer la vulnerabilidad de los detenidos... Y no es mi caso. Pero conozco la vulnerabilidad de vivir en una instituta que envejece, que no sabe lo que le espera en diez años y si la vida en común seguirá siendo posible. Esta inseguridad me permite comprender la de los prisioneros. Me coloca en una posición en la que no se trata de dar respuestas, sino de saber escuchar las quejas. Me resulta mucho más difícil sostener las quejas de mis hermanas que las de los prisioneros, porque esa queja está más cerca de mí: también es mía.

¿Cómo explica la actual caída de vocaciones religiosas?

Hay una dispersión de las fuerzas vivas unida a la multiplicidad de los institutos, que no logra conferir el mismo ni la misma atracción que tienen los institutos masculinos, por ejemplo. Las grandes familias religiosas están destinadas a perdurar, pero no es indispensable tener tal multiplicidad de congregaciones femeninas vinculadas a ellas. ¿Qué hacer para sostener la vida consagrada? Si las fuerzas vivas se dispersan, se acaban, pero si se concentran, el grano almacenado se pudre. Santo Domingo desde el principio envió a sus hermanos de dos en dos y fue esto lo que permitió a la Orden nacer. Siempre estamos entre dos riesgos.

¿Qué enseñanzas podemos obtener de la historia para un futuro esperanzador de la vida consagrada?

La vida religiosa, desde sus orígenes, es hacerse a un lado. La figura emblemática para mí es San Antonio entrando en el desierto. Estando a un lado, está en el centro. ¿Cómo podemos, con los números que tenemos, estar presentes en nuestras comunidades occidentales? Hay cosas en las que confiar: asumir el valor de la vejez y la vida en común entre las diferentes generaciones, que nuestra sociedad necesita... El hacerse a un lado, tiene dos fundamentos: la soledad y el compartir de bienes.

¿Qué diría a una joven que quiere ser religiosa?

Ven y mira... Pero conserva tu espíritu crítico. Presta atención, porque hay comunidades que han perdido el norte. Por ejemplo, la presencia de muchas jóvenes no siempre es signo de vitalidad de la Iglesia. A veces, detrás de la fachada llamativa de ciertas comunidades, se esconden abusos de poder. El criterio decisivo es de qué forma las instituciones hacen posible el desarrollo de la libertad interior. Debemos asegurarnos de que las comunidades no practiquen la clonación, que existan diversidad de opiniones, diferentes formas de entender la fe y el voto, y conflictos ideológicos porque esto es lo que nos permite saber si existe libertad de pensamiento dentro de la comunidad. Y si te acosan y te envían mensajes de texto todos los días para descubrir cómo estás mientras haces un retiro, huye.

no tener en cuenta el intelecto y construir la oración sobre la emoción; su ignorar las normas fundamentales del crecimiento espiritual; y, algunos errores teológicos evidentes recogidos en muchos sermones. Sabía que el resultado no podía ser otro que una sorpresa similar a la que Balaam cuando su burra no solo empezó a hablar sino ¡horror!— ¡tuvo la audacia de revelarse más sabia que él!

Contarlo fue un choque para muchos, especialmente por la hilaridad suscitada por esas páginas; pero no he recibido palos. Algunos lectores han pensado que después de escribir un libro como este mi salvación correría peligro. Muchísimos sacerdotes han dicho que era un incentivo para preparar mejor los sermones. Como sea, a los 78 años, me he

convertido en una predicadora, invitada a dar conferencias y retiros.

La moralidad (que es una herramienta para resolver problemas) no debe verse como algo que flota solo en el aire; o crece de la verdad teológica que le da estabilidad, o es arrastrada por cualquier viento que sopla. en

la vida cotidiana, es mucho más fácil hablar (y predicar) sobre política o los “temas candentes” del día, o lo que se define de forma tan bonita como “problemas existenciales” (léase: cómo ingeniárselas haciendo nuestra voluntad en lugar de la de Dios), que de Dios y su Verdad.

Małgorzata Borkowska

En el monasterio benedictino de Zarnowiec en Pomerania, Polonia, vive sor **Małgorzata Borkowska** (en la foto), nacida en 1939, filósofa, filóloga, teóloga y escritora. Después de medio siglo de vida religiosa, en su libro titulado *La burra de Balaam*, subraya, con humor punzante, la arrogancia, la ignorancia y la incompetencia de una clase sacerdotal que se obstina en tratar con superioridad, condescendencia, a veces también desprecio, a las monjas. Ellas, después de haber escuchado sermones pasivamente “como estúpidos animales de carga”, reivindican el valor del propio testimonio y su rol activo e innovador como teólogas y guías espirituales.

FRANCESCA BUGLIANI KNOX y ELENA BUJA RUTT

A esta evangelización me dedico: mostrarles a estos comprometidos y preocupados señores con el alzacuellos, que la creación, el universo, tienen sentido solo cuando se busca, sobre la base de la evidencia bíblica. Demasiados se conforman con aprobar los exámenes y después la olvidan por completo, concentrándose en las “cuestiones existenciales”. Permanecen así sin una clave tanto para esos problemas como para su vida de oración. La oración es contacto, un contacto amoroso. No se puede dejar todo a las simples emociones efímeras.

Esta burra está tratando de demostrar a algunas personas que está bien despertar al buscador que duerme en su alma. Puedo decir que muchos realmente lo quieren.



Por supuesto –dice– hay renunciaciones. Por ejemplo, la maternidad o vestirse como quieras. Las pequeñas cosas al principio son las que pesan. Ahora para las jóvenes pesa el desprenderse del teléfono. Pero lo que echas de menos es un vacío que debe custodiarse, es esa inquietud que lleva a la búsqueda de Dios. Siempre falta un poco de la plenitud que se alcanzará solo en el cielo. Y esta es una falta saludable». Una paradoja. Como la “utilidad” de una vida que, a los ojos del mundo, no parece servir para nada. «En términos de PIB –admite Fulvia– no producimos. Pero pensemos qué “utilidad” tienen las cosas. Lo que hace que el hombre se sienta bien, es un lugar donde esté como en casa. Queremos ser esto: hacernos hogar, vientre para acoger. Y hay mucha necesidad de esto. Quien viene aquí llama y encuentra a alguien que les abre y les escucha. Esto es útil».

En este momento son quince, de los 25 a los 82 años. La comunidad es el otro pilar –el primero es la oración– de la vida monástica. «Nuestra vida –dice Fulvia– se desarrolla dentro de esta tensión entre vida interior y comunión. Seríamos falsas si dijéramos que amamos a Dios y luego no nos cuidamos las unas a las otras». Las órdenes religiosas sufren una disminución de las vocaciones: las dedicadas a la vida activa más que las contemplativas.

Preguntamos por qué. La madre priora corrige este dato: «A la larga, hay muchas personas que abandonan la vida contemplativa. El número final está empatado. La caída está ahí y no es de ahora. Hay monasterios que cierran hoy pero no han tenido vocaciones desde hace 50 años». ¿Por qué? «Es un problema de los adultos. No hemos sabido hacer autocrítica. O no hemos sido creíbles. Lo veo con las mujeres jóvenes. Si lo que dices no se corresponde con lo que haces, te descubren». ¿Qué significa, para quienes eligen esta vida, ser mujer? «Yo –dice Fulvia– nunca pensé que tenía que renunciar a mi feminidad. Soy una mujer. Y siento que es posible vivir con mujeres y hombres de forma

VIDA CONSAGRADA

El PIB del alma

Así viven la clausura las agustinas del monasterio de los Cuatros Santos Coronados de Roma

DE ELISA CALESSI

Entra por la puerta de la derecha, llama, te darán una llave. Con la llave entra por la puerta de la izquierda del patio, sube la escalera, sigue hasta que encuentres una sala». Mi viaje en el Monasterio agustiniano de los Cuatro Santos Coronados, un lugar de silencio y belleza, ubicado en uno de los puntos más caóticos de Roma, entre el Coliseo y plaza Venecia, comienza con esta indicación de la madre priora, sor Fulvia Sieni. Sigo con diligencia. Ella diría “obediencia”. Esa virtud que, me dirá en nuestro encuentro, “Nos hace libres”. Todo se desarrolla según lo previsto. Llego a la sala. Pocos minutos después llegan sor Fulvia y sor Ilaria. Pregunto por qué han elegido esta vida “reclusa”. «Ninguna de nosotras –responde Fulvia– ha elegido la clausura. Más bien, se trata de adherirse a un proyecto de vida que parece corresponder de forma imprevista con una realidad que deseas y que, de repente, te parece posible. La atracción no se siente por la forma de vida en sí. No existe la vida monástica en sí. Existen hombres y mujeres que viven una experiencia que tiene, entre sus características, un límite, la clausura. Un límite que corresponde con un anhelo que todos nosotros llevamos en el corazón». ¿Las rejas responden a un anhelo? «Sí, un deseo de unidad, de contención. Todos creemos que la libertad es hacer lo que queremos.

Pero la verdadera libertad tiene que ver con la voluntad: cuando eliges, algo está dentro y algo fuera. El límite ayuda a ser más libres, a dirigir las propias energías». Pone el ejemplo de un río. «Donde no hay diques, las aguas se desbordan y destruyen. Si hay diques, el agua fructífera». ¿Cómo nos damos cuenta de que estamos llamados a esta vida? «En primer lugar, dentro de un encuentro con el Señor y después con una comunidad de personas». ¿Y por qué se elige en concreto un monasterio y una orden? «Es el mismo motivo por el que una mujer elige un hombre: lo ha conocido, se ha enamorado».

Sor Fulvia llegó cuando tenía 27 años. La hermana Ilaria cuando tenía casi 30 años. ¿Qué echas de menos?, pregunto. La hermana Ilaria hace una mueca de asombro. «¡No extraño nada! Está claro que en cada elección siempre hay una renuncia. En el plato de la balanza pesa más lo que hay.



La cuestión femenina oportunidad para la Iglesia

DE GIANRICO RUZZA. Obispo auxiliar de Roma para el SECTOR SUR

muy profunda relaciones que no son sexuales, sino sexuadas». Ilaria: «Es como dice el Papa: Jesús saca lo mejor de ti, porque descubres que tu maternidad brota de una manera mucho más original, al igual que tu feminidad». El otro escándalo es el voto de obediencia. ¿Tiene sentido hoy? Ilaria: «Te hace libre. Primero, significa responder, obedecer a la vida, a tu deseo de vivir en abundancia». Fulvia: «Obediencia viene de *ob-audire*, escuchar. Solo quienes escuchan a otros obedecen. El otro es Dios, que habla en la historia. La primera obediencia es a la realidad. Hoy cuesta porque ni siquiera obedecemos a la naturaleza».

Y después, la castidad. «En el pasado, la imagen de la monja como “esposa de Cristo” ha sido utilizada en versión romántica y a menudo infantil, desencarnada. Creemos en la encarnación y vivimos una fe necesariamente encarnada, de otra forma no es fe. No estamos todo el día pensando en Jesús, pero buscamos a Dios en las llagas de la historia, acompañamos a los hermanos en esta búsqueda. San Pablo dice: “La virgen se preocupa de las cosas del Señor, de cómo puede gustar al Señor”.

La mujer es aquella que se preocupa de las cosas del marido. Nosotros nos preocupamos de las cosas de Cristo. Esto es ser sus esposas. Si en la comunidad se rompe la lavadora, no tengo un marido que la arregle. Pero nos preocupamos de las cosas del Señor. Por ejemplo, el cansancio de las personas. Lo que no tenemos, Dios lo colma de otra manera, con relaciones afectivas libres, bellísimas». Pregunto sobre el rol que las mujeres tienen, o no, en la Iglesia. No se escapa: «Durante largo tiempo las mujeres se han conformado. Muchos sacerdotes han vivido en el seminario con monjas generosas que se ocupaban de la lavandería y la cocina. Y ahora, al convertirse en sacerdotes u obispos se imaginan, con afecto, el rol de la consagrada como la que cocina y lava.

Algunas hermanas han preferido, o prefieren, este rol. Sería necesario recuperar el pacto de alianza entre el hombre y la mujer. No se trata de conquistar posiciones, sino de restablecer ese pacto. Las reivindicaciones a veces son ridículas. Cada uno debe tener su identidad. Pero hay cosas evidentes. La vida religiosa en el mundo está declinada mayormente a lo femenino. Debe haber voces femeninas en los Dicasterios. Así como no se puede descuidar que quien hace la pastoral en las parroquias son en su mayoría mujeres».

Nos despedimos, hago de nuevo el recorrido, entrego las llaves. La iglesia está abierta. El mundo cerrado parece el que está fuera.

La cuestión de la mujer plantea una pregunta a la Iglesia, cuya respuesta puede llevar a una renovación y a una conversión que nos conduce más allá de las fronteras exploradas. Hay tres tipos de renovación conectados.

1 ECLESIAL. Como ha dicho el Papa, el Concilio Vaticano II encierra tesoros aún por descubrir y hacer fructificar en plenitud. La eclesiología que subyace reconoce que no hay cristianos de primera o segunda clase, sino un solo bautismo que nos incorpora a Cristo y a la misión eclesial de evangelizar. Todos los ministerios están al servicio del Pueblo de Dios. La cuestión de la mujer requiere una reflexión sobre los laicos en la Iglesia, un estudio profundo sobre la teología del bautismo y una aplicación valiente de las perspectivas ya abiertas y contenidas en la teología conciliar. A la eclesiología le siguen los aspectos canónicos. En una Iglesia con tanto clericalismo, la cuestión de la mujer es una oportunidad para renovar nuestra comprensión y forma de vida como Misterio de comunión, Cuerpo de Cristo en el que cada miembro es necesario y diferente, único e insustituible, al servicio de todos.



2 ANTROPOLÓGICO. Aquí también parece que el aliento del Espíritu durante el Concilio espera ser ulteriormente asimilado, encarnado de una manera más real, para que su acción vivificante sea cada vez más efectiva. *Gaudium et spes* nos recuerda que solo a la luz del Misterio de Cristo se puede entender al ser humano. El camino tomado por la reflexión antropológica ha sido largo. Para algunos pensadores cristianos, la mujer era la imagen de Dios solo si estaba unida al hombre, y por tanto no estaba sola. San Juan Pablo II profundiza la perspectiva: es el hombre mismo, hembra y varón en igual grado, a ser «imagen de Dios no tanto en el momento de la soledad sino en el de la comunión». Cada ser humano

es una imagen de Dios en cuanto ser racional y libre. Pero la persona por sí sola no completa la plenitud de la imagen trinitaria. Es así cuando se convierte en comunión interpersonal, como lo es la Unión Trinitaria. ¿Qué consecuencias se derivan de esta antropología de comunión? Si creemos que el hombre necesita a la mujer para ser verdaderamente hombre, y la mujer igualmente necesita al hombre, hemos de materializarlo en nuestra vida cotidiana, en la pedagogía, en acción pastoral y en el gobierno de nuestras comunidades. No puedo evitar pensar en una expresión famosa que causó tanto revuelo:

«Los que estamos aquí tenemos los mismos sentimientos; somos objeto de un amor sin fin de parte de Dios. Tiene los ojos fijos en nosotros siempre, también cuando parece que es de noche. Dios es Padre, más aún, es madre». Palabras de Juan Pablo I en el ángelus del 10 de septiembre de 1978, llenas de ternura para el mundo, desgarrado por las “masacres inútiles”. Estas palabras despertaron sospechas en algún teólogo, hasta el punto de clamar herejía... e incluso en alguna parte del pueblo de Dios, tan acostumbrado a reconocerlo exclusivamente en un Padre, en un hombre, en un sacerdote pero no en una mujer, o madre.

3 ESPIRITUAL. Caminar en dirección de una valoración de la figura femenina requiere una renovación espiritual y una verdadera conversión. Estamos llamados a ser evangelizadores que se abren sin miedo a la acción del Espíritu. [...] Necesitamos valentía y humildad para reconocer nuestras faltas y nuestros errores, y poner en discusión esquemas y costumbres, saliendo de la zona confortable y cómoda. Necesitamos humildad y fe para reconocer y respetar el Depósito de la Fe, que no nos pertenece y que debemos custodiar. Necesitamos caridad para acoger, perdonar, pedir perdón, para ponernos en movimiento. Necesitamos fortaleza y fidelidad creativa al Evangelio. Necesitamos esperanza, para recordar que «su resurrección no es algo del pasado; entraña una fuerza de vida que ha penetrado el mundo. Donde parece que todo ha muerto, vuelven a aparecer los brotes de la resurrección» (EG 276).

La mujer y la música

DE JUNKAL GUEVARA LLAGUNO



La autora

Miren Junkal Guevara (Bilbao, España, 1966).
Licenciada en Derecho (ICADE, Universidad Pontificia Comillas, Madrid, 1989);
Doctora en Teología (Facultad de Teología de Granada, 2005).
Catedrática del Departamento de Sagrada Escritura de la Facultad de Teología de Granada (España).
Docente de Pentateuco, Libros históricos, Historia y Arqueología de Israel.

La música aparece en la Biblia desde el comienzo de la historia. Dios encomienda a los seres humanos la responsabilidad de llevar adelante la creación, de desarrollar sus potencialidades (Gn 1,28), y los primeros descendientes de Caín se ponen a gobernar, dominar y recrear la tierra desarrollando una serie de inventos, entre ellos, la música (Gn 4,17-22). No sólo eso; estos inventores se convierten en fundadores de sagas, y maestros capaces de transmitir el conocimiento a otros. Así, Israel, haciendo el recuento de sus antepasados ilustres, reconoce que, desde el principio existieron “compositores de canciones según las normas del arte, autores que pusieron por escrito sus proverbios” (Sir 44,5). Los autores bíblicos consideran, pues, la música, junto con la agricultura o la metalurgia, como una expresión de la creación de cultura, entendida como transformación del mundo. La música aparece como un modo de expresión y comunicación; una forma de cultivar lo más propio del ser humano, su capacidad de modelar y transformar la realidad; su capacidad creativa, para desentrañar las posibilidades ocultas en lo profundo de las cosas y convertirlas en dadoras de sentido.

La música resuena en la Biblia como una melodía de fondo: los varones israelitas cantan después del paso del Mar Rojo (Ex 15,1-18), y las mujeres hacen sonar sus panderetas, cantan y bailan compartiendo su alegría (Ex 15,19-21); se canta en los banquetes y se oyen los instrumentos en las fiestas (Is 5,12; Sal 45,1; Sir 32,6); hay cantos propios de las fiestas litúrgicas (Sal 121; Mt 26,30) y los oficios religiosos (1 Cro 25,3-7), y se componen melodías para rezar comunitariamente (Sal 69,1) o para que brote el agua de un pozo excavado (Nm 21,16-18); participar en los coros habla de la implicación en la comunidad (Mt 16,19), y, por esa razón, no interrumpir un canto es una muestra de madurez (Sir 32,3); incluso la naturaleza interpreta su propia melodía (Job 38,7; Is 55,12) adhiriéndose a la alegría de los seres humanos.

La música adquiere, así, un cierto valor sacramental en cuanto instrumento privilegiado de comunicación hace posible el diálogo entre Dios y los seres humanos, hasta el punto de que el ritmo de las melodías es una pista de discernimiento (Ex 32,18), y los distintos sonidos de los instrumentos de una orquesta son una buena metáfora de los carismas en la Iglesia (1 Cor 14,7); el profeta Isarías aprovecha la música para profetizar sobre Israel (Is 5,1-7), y de Ezequiel se burlan sus contemporáneos llamándolo “coplero de amoríos” (Ez 33,32), como si su palabra sonara cual melodía para animar y entretener:

“Y así mi pueblo viene y se sienta delante de ti, como es su costumbre hacerlo, para oír tus palabras.



Pero no las ponen en práctica. Las repiten como si fueran canciones amorosas, pero su corazón va tras el dinero. Ellos te consideran como uno que canta canciones amorosas, que tiene hermosa voz y toca bien el arpa. Escuchan tus palabras, pero no las ponen en práctica” (Ez 33,31-33).

Así, la fuerza de la música para potenciar el mensaje es tal que algunos textos hacen pensar que el mismo Dios compone música (Dt 31,19). Este valor sacramental se pone de manifiesto, además, cuando se atribuye a la música poder curativo (1 Sam 16,14-23), y cuando el canto ayuda a exteriorizar el lamento y la pena (Sal 137), hasta el punto que el silencio puede tener un valor pedagógico para denunciar el pecado y la injusticia:

“¡Alejad de mí el ruido de vuestros cantos! ¡No quiero oír el sonido de vuestras arpas! Pero que fluya como agua la justicia, y la honradez como un manantial inagotable” (Am 5,23-24).

Teniendo todo esto presente, no extraña ver a las mujeres formando parte de coros y grupos musicales para celebrar los distintos momentos de la vida con melodías e instrumentos musicales. Con música celebraron las mujeres el paso del Mar Rojo (Ex 15,20-21), y con música fue recibido Jefe cuando volvió a su casa en Mispá y “la única hija que tenía salió a recibirle bailando y tocando panderetas” (Jue 11,34) en un gesto notable de hospitalidad y alegría; con música y melodías para cantar por las calles (1 Sam 18,6) celebraban las victorias de David y se unían a las peregrinaciones festivas con cantos e instrumentos (2 Sam 6,5,14-15); y con un canto de alabanza, el Magnificat (Lc 1,46-56), María, la Madre de Jesús celebró su papel en la historia de la salvación, y la Iglesia continúa esa alabanza al haberlo incorporado a la liturgia cristiana.

Sin embargo, una lectura atenta de la Biblia también nos permite advertir que, en algunos momentos de la historia de Israel, la participación de las mujeres en los coros que celebraban victorias; la expresión de su hospitalidad con cantos e instrumentos; su participación en las fiestas de peregrinación... se fue desvaneciendo. No sólo eso; llegará un momento en que el binomio mujer-música se



conservamos una talla de marfil del periodo del Bronce encontrada en Tel el Farah (sur) con una representación de una figura femenina tocando un instrumento de viento; en Kuntillet Ajrud, al noreste de la península del Sinaí, en lo que podía ser un santuario popular cerca del camino comercial de la costa, los arqueólogos de la universidad de Tel Aviv descubrieron una jarra del s. VIII a.C. con una representación de una divinidad femenina sentada en una suerte de trono tocando la lira, y una inscripción que ha dado lugar a todo tipo de especulaciones: “Te bendigo por Yahweh de Teman y por su Asherah. Pueda él bendecirte, cuidarte y ser (contigo), mi Señor”. Además, en muchísimas excavaciones del territorio de Palestina se han encontrados figuritas femeninas de terracota relacionadas con los cultos de fertilidad, que siempre llevan un pandero en la mano.

Pero toda esta impronta alternativa y reivindicativa será contestada desde la palabra de los autores bíblicos convirtiendo la música en una de las señales distintivas de las prostitutas, las mujeres que, por definición, desafiaban la reclusión femenina en el ámbito de lo privado: “En aquel tiempo, Tiro será echada en olvido durante setenta años, el tiempo de la vida de un rey. Al cabo de los setenta años se le aplicará a Tiro lo que dice aquella canción de la prostituta: «Prostituta olvidada, toma tu arpa, recorre la ciudad, toca buena música y entona muchos cantos, a ver si se acuerdan de ti»” (Is 23,15-16). No sólo eso; las palabras melodiosas de las mujeres serán vistas como una seria amenaza contra el cumplimiento de la ley por parte de los varones israelitas: “Hijo mío, los mandamientos y las enseñanzas son una lámpara encendida; las correcciones y los consejos son el camino de la vida. Te protegerán de la mujer malvada, de las palabras melosas de la mujer ajena” (Pr 6,23-24).

Por todo lo dicho, la mujer y la música constituyen a lo largo de la historia de la salvación un buen termómetro de la vida del pueblo. La mujer y la música hablan de la alianza de Dios con la humanidad que la hace capaz, por la cultura, de construir la casa común (Laudato Si’ 13); como telón de fondo y pentagrama de los momentos cruciales de la historia; como reivindicación de los grupos silenciados; y como palabra de alabanza y súplica al Señor de la creación y la historia. La mujer y la música visibilizan la condición comunitaria del ser humano; su vinculación con esta creación y esta historia; y su capacidad para encontrar a Dios y celebrarlo más allá de los lugares previsibles y acostumbrados. No es extraño que la Biblia se cierre con una mujer en medio de una fiesta en la que suena la música: la Jerusalén celestial (Ap 21), vestida como una novia para la fiesta de la boda del Cordero que llega acompañado de su cortejo, “ciento cuarenta y cuatro mil personas que tenían escritos en la frente el nombre del Cordero y el nombre de su Padre” (Ap 14,1), en una fiesta cuya banda sonora es:

“Un sonido que venía del cielo; era como el sonido de una cascada, como el retumbar de un fuerte trueno; era un sonido como el de muchos arpistas tocando sus arpas” (Ap 14,1b-2).

convertirá en una imagen polémica relacionada, sobre todo, con la idolatría y el culto alternativo, llegando a asociarse mujer, música y prostitución.

La reforma religiosa deuteronomica que arranca en el s. VIII de la confrontación con el mundo cultural asirio, y que se consumará a la vuelta del destierro, reducirá la presencia de las mujeres al ámbito de lo privado, y concentrará cualquier celebración religiosa de Israel en el único templo autorizado. Esta centralización cultural, que constituye una innovación colosal de la fe israelita que disponía que el culto a Yahvé podía tributarse “en cualquier lugar donde se conmemore mi nombre” (Ex 20,24), está vinculada a la necesidad de purificar el culto a Yahvé contaminado en sus expresiones populares de elementos propios de las tradiciones cananeas. Así, la preocupación principal de la reforma será imponer la unidad y el exclusivismo de la religión yavista, asegurando la identidad de Israel frente a las influencias externas, y consolidando un sentido de pertenencia a la nación más allá de los avatares históricos.

En este marco, es perfectamente comprensible el interés de los teólogos deuteronomicos en focalizar la atención de los israelitas en la vida del templo, y concentrar allí toda celebración pública de la fe de Israel. Como consecuencia, la música dejará de escucharse en el trasfondo del ritmo de la vida del pueblo, aunque se convertirá en una expresión de memorias y reivindicaciones de grupos marginales; se ritualizará y sólo se hablará de los cantos y los instrumentos del culto.

Sin embargo, en Babilonia, los desterrados cantarán juntos a los canales en cuya construcción fueron probablemente empleados (Sal 137); juntos cantarán Pablo y Silas en la prisión (Hch 16,25); y el canto y la música se escucharán por todas partes en la liturgia triunfal del Apocalipsis (Ap 5,9; 14,3; 15,3).

Las mujeres, excluidas de los cuadros de músicos y cantores del templo, comenzarán a desarrollar liturgias alternativas de corte familiar que se irán revelando como heterodoxas (Jer 7,16-20; 44,17-19); no sólo eso, la arqueología nos permite intuir que en esos cultos femeninos alternativos tendrá un importante rol la música; así,

Arriba,
Sandro Botticelli
«Virgen del
Magnificat»
(1481)
Bajo estas líneas,
Rey David toca la
lira (miniatura
medieval)





UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE SALAMANCA

Campus en Salamanca y Madrid • www.upsa.es

DOBLES GRADOS

- ✓ Ingeniería Informática + ADET
- ✓ Periodismo + Comunicación Audiovisual
- ✓ Publicidad y RR.PP. + Marketing y Comunicación

ESTUDIOS

- | | |
|---|-----------------------------|
| ▶ Administración y Dirección de Empresas Tecnológicas | ▶ Ingeniería Informática |
| ▶ CC. de la Actividad Física y del Deporte | ▶ Logopedia |
| ▶ Comunicación Audiovisual | ▶ Maestro en Educ. Infantil |
| ▶ Derecho Canónico | ▶ Maestro en Educ. Primaria |
| ▶ Enfermería | ▶ Marketing y Comunicación |
| ▶ Filosofía | ▶ Periodismo |
| ▶ Fisioterapia | ▶ Psicología |
| | ▶ Publicidad y RR. Públicas |
| | ▶ Seguros y Finanzas |
| | ▶ Teología |

MÁSTER UNIVERSITARIO / MÁSTER / EXPERTO / CURSO DE POSGRADO

- | | |
|---|--|
| ✓ Curso de Formación Pedagógica y Didáctica (equivalente al Máster) | ✓ Máster Universitario en Informática Móvil (MIMO) online |
| ✓ Máster en Terapia Orofacial y Miofuncional | ✓ Máster Universitario en Diseño Gráfico y de Interface para nuevos dispositivos |
| ✓ Experto en Mediación Familiar | ✓ Experto en Transformación e Impulso de Empresas |
| ✓ Experto en Orientación Familiar | ✓ Máster en Big Data & Analytics |
| ✓ Máster Universitario en Orientación y Mediación Familiar | ✓ Experto en SAP Business One |
| ✓ Máster en Musicoterapia | ✓ Máster en Formación Clínica Logopédica |
| ✓ Experto en Big Data | |



@upsa_salamanca



@upsa.es



@upsa



Universidad Pontificia de Salamanca



Formación
de excelencia
a tu medida